



Viernes 29 de Mayo de 1891

Núm. 17

FANDANGO

BAILE SEMANAL
DEDICADO AL BELLO SEXO MASCULINO } **10**
centimos



La verdad, yo no me explico
por qué esta hermosa sin par

| por detrás se ha de tapar
| con ese enorme abanico

Ayuntamiento de Madrid

LA VANGUARDIA

10

BAILE SEMANAL

DEDICADO AL BELLO SEXO MASCULINO



Ayuntamiento de Madrid

EL FANDANGO

Si hablas mal del hom-
bre piensa en tu abuelo

AGRIPINA

El hombre es el eterno
niño; respeta su ino-
cencia.

MESALINA

BAILE SEMANAL

DEDICADO

AL HERMOSO SEXO MASCULINO

DIRECTORA

D.^a PEPITA SENSIBLE

Solo hay una cosa me-
jor que un hombre: dos
hombres.

MADAME PETIT

Las guías del bigote de
un hombre marcan el
camino de la felicidad.

PROSERPINA

Año I

Barcelona 29 de Mayo de 1891

Núm. 17

Crónica

CON esto del Corpus andamos
muy atareadas las mujeres,
dicho sea en mengua de nuestro
sexo.

¡Estrenar! ¡Estrenar algo!

Ese es el bello ideal de no pocas
de nosotras, indignas de ser muje-
res desde el momento en que da-
mos importancia á cuatro trapos
ridículos, que solo sirven para
ocultar nuestras hermosas formas
y permitir que algunas falsificado-
ras sin conciencia den gato por lie-
bre ó por conejo, á los individuos
del tierno sexo masculino.

¡Recuerdan Vs. el caso de aquel
infeliz recién casado que, ya en la
alcoba nupcial, observando que su
señora dejaba tranquila y sucesi-
vamente primero la blonda cabe-
ra, luego los dientes de perlas,
después los turgentes pechos.....
de goma, el abultado polisión, las
caderas de guata y los calzones de
amas, salió despavorido al balcón
gritó: —¡Socorro, sereno! ¡que
deshace mi mujer!

Pues bién, hay séres femeninos

que realizan el cuento ó el caso ó
lo que sea, que acabo de referir

Y esos son precisamente los que
en estos pasados días han dado ma-
yor tormento á las modistas de am-
bos sexos de todo el Orbe.

—Que me arregle usted bien las
pinzas del cuerpo, para que arriba
formen dos buches y entren los me-
dios globos respectivos,—dice una.

—Que arregle usted los cojidos
por la parte posterior,—exclama
otra, de suerte que abulten, pues
desde que el bruto de mi marido
me sorprendió con mi primo y me
dió un puntapié recargando, pare-
ce que San José me pasó el cepillo
equivocándose de sitio.

—Póngame V. los *paniers* de
modo que yo no parezca un palo
de escoba, pues con los disgustos
que me dan los seis granujas que
llevo al retortero me estoy quedán-
do en los puros huesos y no tengo
caderas ni nada que se le parezca.

Estas y otras observaciones se
oyen las modistas y los modistos,
exornándolas con las indispensa-
bles coletillas:

—Pero que esté para la víspera
del Corpus, sin falta. Tengo que
ir á casa de un coronel con mando

y sino me vé con traje nuevo es capaz de no decidirse á nada.

—Sobre todo que lo tenga el miércoles. He de ir á misa por la mañana, á la procesión por la tarde y por la noche á tomar...

—¡Y á mi qué me importa lo que va V. á tomar por la noche!—exclama la modista malhumorada.

—Hija, á tomar café á Colón.

—¿Con leche?

—Está claro.

—Pues si está claro no lo tome usted.

—Digo que yo lo tomo siempre con leche. ¡Oh! la leche es mi delicia; sin ella no comprendo la existencia...

¿No, parece mentira que haya mujeres así?

A mí me gusta la leche, pero ni hago tales extremos ni doy gran importancia á los vestidos.

¡Tengo tan pocas ocasiones de ponérmelos!

En cambio comprendo perfectamente que los hombres estén preocupados en esas cosas, que no dejen al sastre á sol ni á sombra y que se tiren de cuantos pelos posean, si vislumbran la posibilidad de no estrenar traje tal día como hoy.

¿Acaso su misión es otra que la de agradarnos complacernos y satisfacernos?

¡Qué hermosos estarán esta tarde, con sus flamantes chaqués, sus sombreros de copa, sus ricitos en la frente, una flor en el ojal y los pantalones tirados á cordel como las calles del Ensanche!

No lo puedo remediar: cuando pienso en los pantalones del bello sexo me enternezco tanto... que tengo que dejar de escribir, suelto

la pluma y dedico las manos á otros usos.

Que ustedes lo pasen bien, pero que pasarlo mal es muy feo.

PEPITA SENSIBLE

POEMAS PEQUEÑOS

Dijo á la modista Elvira su vecina doña Elena:

—¿Qué es lo que en ti tanto admira que de trabajo estás llena?

Modesta cual complaciente con acento entrecortado exclamó:—En decir han dado que tengo un corte excelente.

Cierta tarde que sintieron, Amparo y Encarnación
apetito, con jamón
y dos huevos que pidieron,
preparáronse la hornilla,
y alegres y entusiasmadas,
en la cocina encerradas
se hicieron una tortilla.

Abrochase un cinturón
Juana en vano pretendía,
y—Yo te lo abrocharía
si quisieras dijo Antón.
—Aunque hacerlo te concedo,
con ese ojal no podrás;
y Antón se lo ensanchó más
con sólo meterle el dedo.

Muy furiosa una manola
á otra salada mujer:
decía en la plaza ayer.
—¡Si yo te cogiera sola!
Un buen mozo qué la hoyó,
sonriéndose conmigo,
exclamó con sorna:—¡Digo!
¿y si la cogiera yo?

TIRANIA PATERNAL



—¿Qué tiene la niña hoy?
 —Nada: que quiere sardina
 de la que no tiene espina.
 —Pues hija, no se la doy.

Blas, en un momento urgente
 a una sorda ató la liga
 y la dijo: —Cara amiga,
 vuestra pierna es excelente.

Ella, su falta sintiendo,
 respondióle triste: —Blas,
 suba usted un poco más
 porque sinó, no le entiendo.

Al retratista Ratera
 dijo una joven formal:
 —Desearia me hiciera
 antes de la primavera,
 dos chicos al natural.
 Y le contestó el tronera,
 con acento muy formal
 —Y antes los haré también,
 es que á mi me viene bien,
 á usted no le viene mal.

De canto una linda pieza
 compuso Pascual á Rosa,

y ella la halló tan hermosa
 que la aprendió con presteza

Pero lo que hace muy mal
 y mi indignación provoca,
 que siempre tiene en la boca
 la pieza de su Pascual.

El castigo esquivado

EN el país de Lunigiana, no muy
 distante del nuestro, existe
 un monasterio cuyos religiosos
 eran antes modelo de devoción y
 santidad. Hacia el momento en que
 empezaron á degenerar, vivía en-
 tre ellos un jóven monje, entre

otros, en el cual las vigiliass y austeridades no lograban reprimir el aguijón de la carne. Habiendo salido un día á la hora meridiana, es decir, mientras los otros monjes hacían su siesta, y paseándose solo al rededor de la Iglesia, situada en sitio solitario, la casualidad le depa-
 ró encontrarse con la hija de cierto campesino de la comarca ocupada en recoger hierbas en el campo. El encuentro de esa joven que era bastante linda y esbelta hizo en el religioso la más viva impresión. Encárase con ella y entablan conversación; cuéntala cosas muy agradables, conduciéndose de tal suerte en su plática que muy pronto los dos están acordes. Llé-

vala al convento y la introduce en su celda, sin que nadie lo viera. El lector comprenderá las delicias que entrambos gozarían. Sólo me permitiré deciros que sus trasportes eran tan ardientes y poco mesurados, que al padre superior, que había concluido su siesta y se paseaba tranquilamente por el dormitorio, llamóle la atención, al pasar por delante de la celda del monje, el ruido que hacían. Acercóse silenciosamente á la puerta, abrió el oído á la cerradura, y oyó con claridad una voz de mujer. Su primer impulso fué llamar, más luego mudó de dictámen, comprendiendo que era mucho mejor, de cualquier modo, que se retirara á su celda.

ANTE LA JAULA



—Hombre ¿quiere uste acabar?

Es V. muy pesadito

Y á mi urgé mudar
 el agua del pajarito!

sin decir palabra, aguardando que saliese el joven monje.

Aunque éste estaba muy ocupado y el placer lo había puesto casi fuera de sí, en un momento de reposo creyó oír pasos en el dormitorio. En el acto se dirige de puntillas á un agujero que había en la pared de su celda y ve al abad que escuchaba. Desde entonces no dudó que todo lo había oído y se creyó perdido. La sola idea de las reconvenções y el castigo á que se había hecho acreedor le hacía temblar: no obstante, sin dejar ver á su querida su turbación y temor, busca en su caletre un expediente para salir airoso, á lo menos hasta donde fuera posible, de tan cruel aventura. Después de reflexionar un momento, encuentra uno asaz hábil, si bien malicioso en extremo, que le sale á pedir de boca. Fingiéndose no poder retener por más tiempo á su lado á la joven campesina:

—Me voy, la dice, para ocuparme en el modo de hacerte salir de aquí sin que seas vista por alma viviente: no hagas ruido ni nada temas; pronto vuelvo.

El monje sale, cierra la puerta con doble vuelta, encaminase derechamente al cuarto del abad, le entrega la llave de su celda según costumbre de todo religioso cuansale del convento, y le dice con la mayor tranquilidad del mundo.

—Como no he podido esta mañana hacer trasladar toda la leña que se ha cortado en el bosque, voy á ocuparme ahora en trasportar lo que queda, si vos me lo permitís reverendo padre.

Esto probó al abad que el joven monje estaba muy distante de su-

poner que había sido descubierto. Encantado de su error, que le daba el medio de convencerse con mayor evidencia de la verdad, aparentó ignorar lo acontecido, tomó la llave y le dió permiso para dirigirse al bosque. Desde que le hubo perdido de vista trituró su imaginación, para ver el partido que debía adoptar. La primera idea que le vino á la mente fué abrir el cuarto del culpable á presencia de todos los monjes, á fin de que luego no se sorprendiesen con el duro castigo que le preparaba; mas reflexionando que la joven podría pertenecer á honrada familia, ó que tal vez podía ser una mujer casada cuyo marido mereciese atenciones, creyó de su deber, ante todo, ir en persona á interrogarla, para tomar luego el partido que mejor le pareciese. Dirigese, pues al encuentro de la linda prisionera y habiendo abierto la celda con toda precaución penetra la puerta y cierra tras sí.

Cuando la joven que permanecía silenciosa le vió entrar, quedó toda confusa y avergonzada, y temiendo alguna afrenta terrible, hechóse á llorar. El abad, que la miraba de reojo, sorprendido de encontrarla tan bella, condolióse de sus lágrimas, y trocándose la ira en compasión, no tuvo fuerzas para dirigirle el más pequeño reproche. El demonio va siempre tras de los monjes: así pues, se aprovechó de este momento de debilidad para tentar á nuestro abad, tratando de revivir en él el aguijón de la carne. Preséntale la imagen de los placeres que ha gustado su joven cofrade; y muy pronto á pesar de las arrugas de la edad el padre

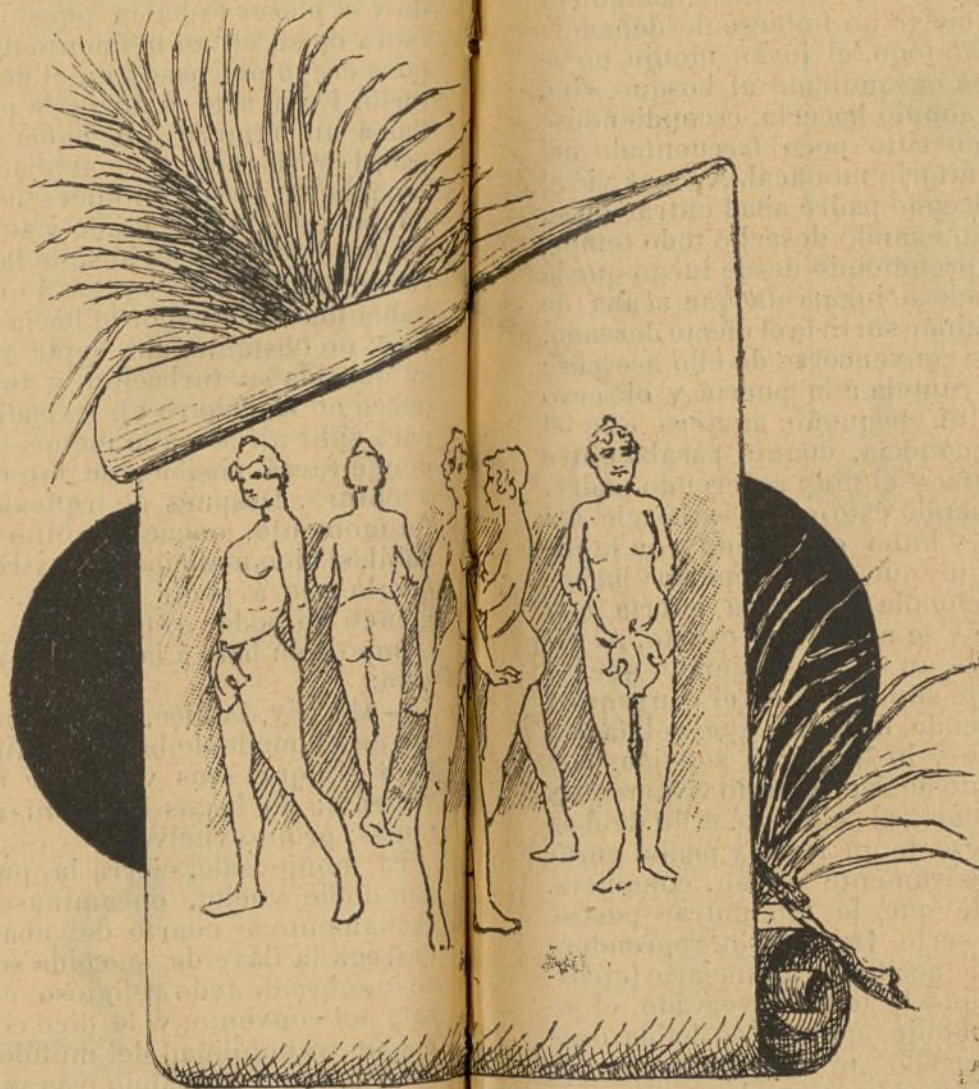
EL TEATRO ANTIGUO Y EL MODERNO



El actor antiguo era
mocetón de mucho empuje
que estaba ruje que ruje
desde la excena primera,



Dejaba al público absorto
la antigua actriz declamando
y solo de cuando en cuando
se ponía traje corto.



Este coro es
dó no hay un contralto
levanta abito en alto
con sus fondeadoras.
Todas en caluchas,
luciendo bellezas,
han salvado sus piezas
pero han perdido otras muchas.



Hoy para salir del paso
un actor sin facultades
hace mil barbaridades
y es el rival del payaso



En cambio la actriz moderna
si declamando no suda
procura salir desnuda
y mover mucho la pierna.

abad, experimentando el deseo de gustar otros parecidos, dicese en su interior:

—¿Por qué privarme de un bien que se me viene a las manos? Bastantes privaciones sufro, para que tenga que añadir esta. En verdad, esta joven es deliciosa. ¿Por qué no tratar de inducirla á los fines que me propongo? ¿Quién lo sabrá? ¿Acaso puede divulgarse este negocio? Pecado secreto está mitad perdonado. Aprovechémonos, pues, de una fortuna que tal vez no volverá á presentármeme nunca más, y no despreciemos un placer que el cielo nos envía.

Animado de tales propósitos se acerca á la hermosa afligida, y tomando un aire muy distinto del que tenía al penetrar en la celda, trata de tranquilizarla, suplicándola con dulzura que no se desazone.

—Cese vuestro llanto, hija mía; comprendo que habéis sido seducida: por lo tanto, no temáis que os haga ningún daño: preferiría, al contrario, hacérmelo á mí mismo.

En seguida ensalza su talle, su rostro, sus lindos ojos, y se expresa de tal suerte y con un tono que deja entrever su pasión.

Ya se comprenderá que la joven, que no era de hierro ni de diamante, no opuso gran resistencia. El abad aprovechóse de su facilidad para hacerla mil caricias y darla mil besos cada vez más apasionados. Luego la atrajo junto al lecho, y al objeto de inspirarle valor sube el primero. La ruego, la solicita que siga su ejemplo, lo que hace ella después de algunos melindres. Mas ¿creeráse que el viejo libertino, bajo el pretexto de no fatigarla

con el peso de su reverencia, que en verdad no era flaco, le hizo tomar una postura que habría debido adoptar él y que otro cualquiera por cierto no hubiese desdeñado?

Con todo, el joven monje no se había encaminado al bosque, sinó que simuló hacerlo, escondiéndose en un sitio poco frecuentado del dormitorio monacal. Apenas vió al reverendo padre abad entrar en su celda, cuando desechó todo temor, comprendiendo desde luego que la maliciosa jugarreta que acaba de imaginar surtiría el efecto deseado. Para convencerse de ello acercóse con cautela á la puerta y observó por un pequeño agujero que él solo conocía, cuanto pasaba entre la niña y el muy reverendo padre.

Cuando éste quedó satisfecho del todo y hubo convenido con la joven lo que se proponía hacer, abandonóla, cerró la puerta con llave y se retiró á su cuarto. Al cabo de un rato, sabiendo que el monje se hallaba en el convento y creyendo de veras que volvía del bosque, lo llama en seguida, con intento de reprenderlo vivamente y mandarlo al calabozo, á fin de deshacerse de un rival y poder gozar exclusivamente de su conquista. Desde que le vió entrar púsose muy serio. Después de reprenderlo con acritud y anunciarle el castigo que le tenía reservado, el joven monje, que no se había desconcertado ni un momento se apresuró á contestarle:

—Mi muy reverendo padre: soy muy neófito todavía en la orden de san Benito para conocer todas sus reglas. Verdad es que me habéis enseñado los ayunos y las vigili-
as; empero jamás me habías dicho que



—No sé porqué te molestas;
los polvos, querida O,
te los podría dar yo...

—Hijo, no estoy para fiestas

los hijos de nuestra orden debiesen dar á las mujeres la preeminencia y humillarse debajo de ellas: ahora que Vuestra Reverencia me ha dado el ejemplo, os prometo no echarlo en saco roto si me perdonáis mi falta.

El padre abad, que no era lerdo, comprendió en el acto la indirecta del monje y que había visto cuánto hiciera con la aldeana. Así que, muy avergonzado de su propia falta, no se atrevió á hacerle aplicar un castigo de que se había hecho tan merecedor como el joven. Perdonóle, pues, de buen grado, imponiéndole silencio sobre cuanto había pasado. Ambos á dos toma-

ron sus medidas para hacer salir del monasterio sigilosamente á la joven, y es más que probable también que para hacerla penetrar en él otras muchas veces.—B.

¡POBRECILLA!

Á ver á Rosaura fui,
pero no me recibió;
por enferma se excusó
y sin verla me salí.
Me alegro de que esté mala,
que ella es fuego y soy yo estopa,
y el que no cae resbala.
Más ¡oh Dios! en la antesala
¡hallé un sombrero de copa!

Volví á visitarla al año;
tampoco entonces la ví,
y no volver resolví
celebrando el desengaño.

Libreme Dios de la impía
grosera chismografía
que hace las honras añicos...
¡Pero en la antesala había
un sombrero de tres picos!

Ya de la edad los horrores
mi deseo han de aplacar,
y ya no he de ir á buscar
en Rosaura amantes flores.

Pasar tampoco me deja
su criado. ¡Pobre vieja!
Hoy sí que debe estar mala:
¡pues colgado en la antesala
tiene un sombrero de teja!

MICAELA. 3

EL DONCEL DESHONRADO

Las tribulaciones de un soltero

NOVELA PREHISTÓRICA

escrita en francés por

MADAME REINA

Versión española

DE

LEONA VALIENTE

(Conclusión)

—Estate quieta, Petronila—decíale el pudibundo y atribulado doncel que continuaba con su compañera debajo de la cama,—no me hagas cosquillas.

—No son malas cosquillas; no ve usted ese siniestro resplandor que asoma por la ventana.

—No, no lo veo ni quiero verlo; tengo todos mis ojos doloridos y no quiero abrirlos.

—Salvémonos Luís mío, que la casa arde.

—Que llamen al bandido que me

acometió, que yo sé que es bombero y como dirija hacia aquí la manga apaga el incendio.

—¡Qué cosas tiene V.!

—Cuando yo digo una cosa es porque estoy segurísimo, lo he visto por mi propio ojo.

—Ya, ya recuerdo por mi desdicha cuando el otro impúdico francés me embistió faca en ristre cuya punta me llegó hasta salva sea la parte.

Y con el dedo miñique de la mano izquierda señalaba la parte interna de la garganta.

HOMBRE PREVENIDO



—No has hecho mas que acabar y te vas? ¡Eres muy vivo!

—Chica, me voy á comprar jarabe depurativo por lo que pueda tronar.

—Y el pinchazo fué de arriba á abajo, preguntó el doncel que hasta la proximidad del sitio señalado por la doncella había sentido la punta que le introdujeron.

—No, contestó Petronila, fué de abajo á arriba.

—Como á mí, como á mí, desdichada. ¿Y cara á la pared?

—No, don Luís, cara al fascineroso.

—Al revés que á mí, al revés que á mí, exclamó el tímido doncel llorando á lágrima viva.

La claridad se hacía más brillante por momentos, llegando uno en que parecía la habitación un foco de luz.

Petronila más muerta que viva salió á gatas de debajo del lecho arrastrando al doncel que más asustado que ella exhalaba sendos ayes de miedo y del dolor que le produjo el tirón de pelos de que para arrastrarlo se valió Petronila.

Momento horrible aquel en que se vieron envueltos por el fuego devastador.

Atolondrado el deshonrado joven no hallando por donde salir empezó á pedir socorro con tan atronadoras voces que todas las doncellas que estaban desocupadas en aquel extraordinario instante corrieron presurosas á ver lo que ocurría á los encerrados jóvenes.

Armadas con las referidas ametralladoras penetraron todas en la habitación.

El joven creyó que era el fuego quien abría la puerta y zás, arrojóse en su atolondramiento por el espejo del tocador creyendo que era la ventana.

El espejo se multiplicó y la bachilinda cara del averiado Luís á más de estamparse en la pared desquiciándose la ternilla de su miembro nasal, salió tan averiada como la de un *Erce homo*.

Las doncellas trataron de cojerle, mientras él gritaba: ¡fuego! ¡fuego!

Las jóvenes desaguaban las correspondientes jeringas sobre el lacerado y mascerado cuerpo del *victimo*.

—Fuego, fuego repetía éste.

—Qué fuego ni qué ocho cuartos.—respondió una de las fregatrices, es una farola de luz eléctrica que han colocado ahí enfrente.

Luís tuvo un accidente del cual no salió en mucho tiempo. Al volver en sí y verse deshonrado, no pudiendo resistir por mucho tiempo su desgracia murmuró:

—Tan joven y me han fallado todas mis esperanzas; quiero morirme enseguida.

Y en efecto, aquel mismo día se murió.

No le pasó otro tanto á Petronila, lo cual nada tiene de extraño.

Porque ya es sabido que el tipo de la fregatriz desvergonzada, sisona y... amiga del señorito, es inmortal.

FIN.

CHISMOGRAFIA

—Tengo una sospecha de Juliana...

—¿Sospechas?

—Sí, chico.

—¿Pero tú la has visto algo?

—¡Hombre, siendo su marido!...

—Digo que si has visto en ella algún acto censurable.

—Un acto, no; pero he presentado el drama.

—Quítate eso de la cabeza.

—¡Ojalá pudiera!

«Cuando D. Roque se enteró de la verdad, ya era madre.»

Esto es de una novela española.

—Papá, ¿qué dicen los gatos cuando maúllan?

—Porquerías, hijo, impropias de persona decente.

—Método para extraer la solitaria, sin gastos.

—Vamos á ver.

BUENA RESPUESTA



- ¡Salir sin mí! ¡Yo me irritol!
¡Son las doce de la noche!
—¿Qué importa? Me espera el coche
y en él mi primo Juanito.

—Comiendo bacalao crudo á todas horas, y no probando siquiera el agua.

—¿Y qué?

—A los quince días se encierra el paciente en un cuarto oscuro, y á corta distancia de un lebrillo lleno de agua, y el animal sale para beber.

—Diga usted que es la *chipén*, que á mí, cuando era joven y sufría de eso, en cuando que olía el bacalao, se me salía sola.

En una sesión de espiritismo:

—¿Cuántos hijos tengo? pregunta al *medium* una señora casada.

—Cuatro, contesta aquél.

—¡Caracoles! ¡Pues si es cierto! dijo el marido. Ahora me toca á mí.

Y dándola de listo, pregunta:

—Y yo: ¿cuántos hijos tengo?

—Dos, contestó el *medium*.

El desdichado esposo cayó de espaldas.

—Y lo peor del caso es que era verdad.

—¡Ay, Aurelia! ¡Qué triste es amar y no verse correspondida!

—¡Pues qué! ¿Lázaro no te quiere?

—Un hombre que aún me tiene sin hotel, figúrate lo que me querrá. Pero «una» es débil y tiene buen corazón...

FANDANGUERIAS

De *El Diluvio*, periódico que no es pornográfico:

— un apuntador del *Vaudeville* se le escapó su mujer con un bombero de la ciudad. El pobre apuntador estaba inconsolable, y á todo el mundo refería la trágica aventura. Averiguado el paradero de la fugitiva, el traspunte, por encargo de su colega, trató de *arreglar* el asunto cerca de la interesada; pero, nada pudo conseguir. La mujer del apuntador

cerró la boca del traspunte con estas razones:

—¿Crée usted que hay paciencia para sufrir á un hombre que está *apuntando* toda su vida... y no pasa de ahí?

Por lo cual se explicaba que se hubiese escapado con el bombero.»

Como verán nuestros lectores, en el presente número termina la interesante novela *El doncel deshonrado*.

En el próximo número comenzaremos otra de la misma autora y que es superior á la que concluye hoy.

No queremos designar aquí el título para que disfruten ustedes el agradable placer de la sorpresa.

CORRESPONDENCIA

Brazo-Hierro.—No sé donde.—La idea es buena, pero muy confusa.

J. M. Z.—Madrid.—Demasiado clara.

Secundina Fuente Larga.—Barcelona.—La idea es buena, pero está desarrollada de manera que causa poco efecto.

Banabuche y Compañía.—Cádiz.—Unos por mal hechos y otros por súcios, no pueden ir. Y si la construcción les parece á Vs. mala, vuélvanla del revés.

Inglés de la China.—Pekin.—¡No sea usted tan pillín.

Cabezas de Buey.—Limas.—La verdad, hasta la firma va mal; por qué siendo de Buey no debia V. poner más que Cabeza.

Rascafria.—Leganés.—

«Al demonio se le ocurre lo que hizo ayer mi vecina ponerle huevos al gallo creyendo que era gallina.»

¡Tiene muchos pelendengues que se atreva V. á firmar eso!

Pájara Pinta.—En algún árbol.—¡No está V. mala pájara! ¡Hacer esas cosas con su primo y al mes de casada!

Sopa de Leche.—Coruña.—

Pues... metió V. la pezuña.

Si lo inserto, por mi mal, no será floja la cuña que me introduzca el fiscal.

Pujol y Solé, impresores, Tallers, 43

BELLEZAS MASCULINAS



Siempre ha sido un primavera,
en todo se muestra flojo
y tiene tapado un ojo
con un lente de primera.

Irremisiblemente

sin falta y con toda puntualidad, el sábado próximo
se publicará la

BIBLIOTECA DE "EL FANDANGO"

PRIMER CUADERNO

UNA CITA Á OSCURAS

10 céntimos

Ayuntamiento de Madrid